

Panorama Cultural

Crece el universo

El gigantesco telescopio Hale de Monte Palomar ha descubierto, al examinar el resplandor rojo de las nebulosas, que el Universo continúa ensanchándose a una velocidad extraordinaria. Gracias al espejo de 5 metros del telescopio Hale, que capta tanta luz como un millón de ojos humanos, el doctor Hilton L. Humason, de los Observatorios de los Montes Wilson y Palomar, ha obtenido pruebas de que el aura de los cuerpos celestes ha cambiado en una forma que se puede interpretar como un indicio de que las nebulosas situadas a 360 millones de años luz están alejándose a una velocidad de 60,000 kilómetros por segundo.

En un informe a la Sociedad Astronómica que se reunió en la Universidad del Sur de California, el doctor Humason dice que sólo en dos años de observaciones desde el Monte Palomar se han descubierto 800 grupos de nebulosas. Para que el lector pueda formarse una idea de las dimensiones del universo, le diremos que la luz viaja a razón de 297,000 kilómetros por segundo; un año luz equivale aproximadamente a 9.6 billones de kilómetros; y la nebulosa más distante observada hasta ahora por su resplandor rojo estaba a 360 millones de años luz de la tierra cuando despidió esa luz roja que ahora se ve en los observatorios terrestres. La posición que ocupa en este momento se sabrá en la Tierra dentro de unos cuantos cientos de millones de años.

Según el mismo informe del doctor Humason, todos los recursos de los observatorios de los Montes Wilson y Palomar están empleándose ahora en la "construcción de una escala absolutamente fiel de distancias cósmicas". En este trabajo se utiliza la fotografía y, además, las hipersensibles células fotoeléctricas desarrolladas durante la segunda guerra mundial. Unas y otras están siendo empleadas para medir el brillo de estrellas y nebulosas cuya luz es millones de veces más débil que la de las estrellas menos brillantes que puede captar el ojo humano. "Entonces, dice el doctor Humason, podremos discutir con confianza una de las claves de la naturaleza del universo."

En *Revista Americana*, México, agosto 1951.

Lagerkvist, Premio Nobel de Literatura

Paer Lagerkvist es el cuarto escritor sueco que haya recibido el premio Nobel de Literatura; los otros fueron Selma Lagerlof (1909), Verner von Heidenstam (1916) y Erik Axel Karlfeldt (1931). De estos tres predecesores,

sólo Selma Lagerlof llegó a tener fama mundial — la que está adquiriendo ahora Paer Lagerkvist con sus dos novelas recientes, *El enano* y *Barabbas*, que la crítica ha clasificado definitivamente como uno de los mejores intérpretes de nuestra atormentada época.

Su biografía puede resumirse en pocas líneas. Nació el 23 de mayo de 1891, aniversario también de su ilustre compatriota Lenné, originario de la misma región lacustre y de bosques de la Suecia meridional. Lagerkvist relató sus años de infancia y de aprendizaje en la pequeña ciudad de Vexio, sede episcopal en donde su padre era un sencillo ferrocarrilero. El ambiente familiar, muy piadoso, dejó huellas indelebiles en su espíritu. Lo encontramos en París, en la primavera de 1913, frecuentando asiduamente los talleres de artistas y los cafés de Montparnasse, en pleno apogeo. Se alistó en la escuela de las nuevas doctrinas de arte enseñadas por los jóvenes pintores y poetas cubistas y expresionistas, entre los cuales encontró a muchos escandinavos.

Los primitivos —sean negros, hindúes, griegos, hebraicos o escandinavos— debían proporcionar modelos a la nueva literatura. Empero, algunos modernos fueron aceptados, principalmente entre los franceses: Baudelaire,

Rimbaud, Apollinaire. Pero su gran descubrimiento es Van Gogh, cuya fuerza constructiva y el apasionado pincel inspiraron su prosa poética y sus primeros versos. Más tarde, los temas se enriquecieron y se humanizaron al mismo tiempo que se ensanchó y se simplificó la gama de sus expresiones.

Ante sus compatriotas, es el poeta lírico que alcanza las cimas del arte y se hace maestro de toda una nueva generación. Esta posición —obtenida no sin lucha— recibió su consagración oficial cuando, en 1940, fué elegido miembro de la Academia sueca. Por desgracia, esta parte esencial de su obra, a la cual ninguna traducción podría rendirle justicia, permanecerá inaccesible a los lectores extranjeros, pero antes de conocer los asombrosos y fulminantes éxitos de librería con sus novelas filosóficas de los últimos años, Lagerkvist se hizo aplaudir como autor dramático. Fué de los que contribuyó a revelar al gran público la extraordinaria fuerza de expresión que ofrecía el teatro místico del viejo Strindberg, del cual es el discípulo más fiel y más original.

La lucha eterna del Bien y del Mal, la potencia, para no decir el predominio del Mal en este mundo, he ahí el gran problema que no ha cesado de atormentar a su espíritu.

El advenimiento de Hitler y sus consecuencias, la creciente ola de una barbarie primitiva abiertamente hostil a toda civilización digna de este nombre, lo decidieron a poner su arte al servicio de los amenazados valores humanos. *El verdugo*, que data de 1933,

es por cierto un drama simbólico que sucede en parte en la Edad Media, y en parte en nuestros días, pero nadie podría equivocarse sobre la identidad del personaje principal perverso de oficio, y *El enano* es una novela del Renacimiento italiano, pero también y sobre todo un estudio profundo del mismo modelo viviente con, a modo de contraste, un magnífico retrato de Leonardo de Vinci. Vuelve a la ansiedad metafísica de su juventud con *Barabbas*, esfuerzo supremo de un autor que ha sabido mantenerse "sin desfallecer en esa cuerda rígida tendida a través de las tinieblas entre el mundo real y el mundo de la Fe." La cita es de André Gide, que ha definido muy exactamente el sentido profundo de toda la obra de Paer Lagerkvist. ¿No se ha calificado él mismo como "creyente sin fe, ateo embebido de religión"?

Un viaje a Grecia emprendido en 1934, le inspiró un párrafo significativo de la *Oración sobre el Acrópolis*, cuya peroración expresa un concepto del mundo bastante distinto del de su juventud y, también, del del suave Renan:

"El símbolo de Occidente ha sido desde el origen una roca fortificada, y veo que es siempre así. La fortaleza no se rinde, ahora tampoco como antes. Durante milenios no se ha rendido. Llama a sus fieles, los reúne de nuevo en torno de su precioso tesoro. No para las visiones de belleza, ni para los sueños de ocio, sino para la lucha. Una lucha implacable, infatigable, como conviene a un humanismo de combate."

KJELL STROMBERG, Estocolmo, noviembre, 1951. (De *El Siglo de Torreón*, Torreón, Coahuila, diciembre, 1951.)

Los idiomas y la música

Cada lenguaje posee sus rasgos distintivos en materia de fonética, los cuales deben necesariamente influir en la línea melódica cuando se pone música a algún texto.

Por eso, en términos generales, puede considerarse como un error el traducir las palabras de una canción a otro idioma. Un *lied* de Schubert, por ejemplo, que no se cante en alemán, pierde mucho de su carácter propio, ya que su autor, al inspirarse para componerlo, tuvo en cuenta la prosodia germánica y hasta las inflexiones que se acostumbra dar al lenguaje hablado (vulgarmente: el sonsonete). Y los lectores podrán juzgar el pésimo efecto que produciría un trozo de *cante* flamenco en otro idioma que no fuese el español con sus peculiaridades andaluzas.

Gounod al comparar las primeras palabras en francés de la famosa romanza de Fausto "*Salut, demeure chaste et pure*", con el texto italiano de la misma "*Salve, dimora casta e pura*", hizo notar que la sonoridad mucho mayor de la traducción hacía casi desaparecer el matiz tierno y esfumado del original.

La lengua italiana, en efecto, con sus finales en vocal por su mayor parte, se



MEJORANDO CALIDADES



Los nuevos muebles de acero STEELE son orgullo de nuestra firma y prestigio de la industria de México. Tenemos una exposición permanente de ellos en nuestro edificio de Av. Juárez y Balderas. Le invitamos a conocerlos y comparar.

H. Steele y Cia., S.A.

DIVISION DE EQUIPOS DE OFICINA

JUAREZ Y BALDERAS

MEXICO, D. F.

presta más que ninguna otra al despliegue de las facultades de los cantantes, siendo ésta una de las razones por las que abundan en la Península las buenas voces. Además, los italianos han sabido admirablemente crear un estilo de canto para ópera cómica, gracias a los compositores del siglo XVIII, como Paisiello, Pergolesi, Cimarosa y sobre todo Mozart (que en este sentido es el representante cumbre de la escuela itálica).

El estilo al que nos referimos, con su natural evolución al través de los tiempos, vino a producir esas obras deliciosas que se llaman *El Barbero de Sevilla*, de Rossini; el *Falstaff*, de Verdi y el *Gianni Schicchi*, de Puccini.

El francés, lengua poco acentuada, tiene que hacer uso de otros procedimientos. Como se ha cultivado y refinado mucho, las melodías de Debussy, Fauré, Ravel, etc., adquieren un aire distinguido y aristocrático, sin gran cosa de contacto con el folklore galo.

También en Francia se tiene un valioso repertorio de ópera cómica, cuyo espécimen más notable es quizá *L'Heure Espagnole* de Ravel.

En cambio, la música alemana puede ser vista como una especie de sublimación del espíritu popular. Un *lied* como *El tilo* (*Der Lindenbaum*) de Schubert ha adquirido tal categoría de canción folklórica, que hasta en el Japón figura en el repertorio *standard*.

La lengua alemana se presta difícilmente a los giros que reviste el italiano. ¿Cómo dar sonoridad a sílabas finales como *jetzt, schlecht o bricht*? En los *lieder*, evidentemente, debe atenderse de preferencia a otros elementos, como la buena dicción, la pureza de estilo, etc.

El inglés nunca se ha tenido como propio para el canto, quizá equivocadamente. Es un idioma que posee una extraordinaria riqueza de vocales, muy superior a la de cualquiera de los otros idiomas del occidente europeo.

Se presta mucho a la expresión poética, a grado tal, que según dijo Paul Bourget, "junto a la poesía de Shelley

y de Keats toda otra poesía es prosa." Pero la verdad es que, fuera de Inglaterra o los países angloparlantes, no concebimos un estilo inglés para la música que esté perfectamente definido.

Hemos tenido ocasión de escuchar canciones rusas de los mejores autores y encontramos que el idioma se puede comparar, en variedad vocálica, con el inglés, y que sus sonidos guturales reflejan muy bien la psicología voluntariamente atormentada y el humorismo sardónico y a veces brutal del pueblo ruso.

En cuanto al idioma castellano, fuera de su incomparable riqueza, de su tesoro popular, resalta en el llamado "género chico", que no sabremos nunca apreciar bastante. El notable compositor Saint-Saëns acostumbraba decir que los franceses debían envidiarlo, ya que ellos carecen de algo que pueda compararsele.

Estas breves observaciones bastan, a nuestro entender, para fundar lo que al principio dijimos, esto es, que los textos musicales no son susceptibles de traducción adecuada.

Richard Strauss estaba en lo justo al oponerse a que su *Caballero de la Rosa* se representara en otro idioma que el alemán.

PABLO COLMENAR, en *Excelsior*. México, D. F.

Leyendo a Mann

Doktor Faustus, la última obra de Thomas Mann, el noble escritor cristiano-alemán, es verdaderamente admirable. En sus páginas, de subyugante belleza, afloran soluciones o comentarios a gran número de los más turbadores problemas que el arte y la filosofía proponen a la humanidad en los días presentes. Y en especial, su breve y punzante análisis del alma alemana, y sus profundas consideraciones acerca del desastre germánico, son sencillamente insuperables.

La biografía del músico Adrián Leverkühn, narrada por un brillante humanista, da ocasión al autor para hacer

derroche de finas observaciones, originalísimas ideas, regocijadas ironías, cálida ternura comprensiva. Hojeando esta singular novela, encontramos muchos puntos de vista dignos de ser conocidos y meditados largamente.

Su reverencia por la música, lo lleva a escribir: "Para ser digno de la pureza, de la originalidad de la música de Bach, de lo que hay en ella de único, es preciso que el corazón pueda llegar al estado de vacío absoluto y de predisposición que las Santas Escrituras imponen como necesario a quien desee recibir el cuerpo de Dios."

La transmisión de conocimientos a la juventud sedienta de saber, la desea según esta pedagogía: "Escuchábamos aquellas explicaciones con la obscura y agitada fantasía del niño que presta oídos a legendarias historias incomprensibles, mientras su espíritu, blandamente impresionable, se siente, como en sueño y por intuición, enriquecido y estimulado. Lo escuchábamos con gusto y absortos, como los niños gustan de prestar oídos a lo incomprensible y a lo inaccesible. Con mayor deleite en verdad que si se trata de cosas próximas, concretas y normales. Muchos se resistirán a creerlo, pero esta es la forma más intensa, la forma superior, y quizá la más fructífera, de la enseñanza, la enseñanza anticipativa, pasando por encima de vastas zonas de ignorancia. Mi experiencia me dice que este es el método que la juventud prefiere y, por otra parte, el espacio que deja uno vacío tras de sí mismo con el tiempo."

La Reforma protestante le arranca estas frases notables: "Siempre me ha inspirado simpatía el estado de opresión en que la Reforma colocó a hombres como Crotus, a quien Lutero no designaba por otros nombres que el 'epicúreo Crotus', o 'el Dr. Kroter, limpiabotas del cardenal de Maguncia'. Bien es verdad que el propio Lutero, gran hombre sin duda, pero insoportablemente grosero, calificaba al Papa de 'marrano del diablo'. Hombres como Crotus veían en la Reforma una arbitraria intervención subjetiva en la objetividad del orden y de los estatutos de la Iglesia.

"No era menor, por otro lado, el resentimiento del pensador de Rotterdam ante el odio de Lutero y los suyos por los estudios clásicos, en los cuales Lutero era poco versado, sin que ello le impidiera considerarlos como la fuente de la revuelta intelectual. Pero lo que entonces ocurría en el seno de la Iglesia universal, es decir, la insurrección de la arbitrariedad subjetiva contra las normas objetivas, había de reproducirse ciento y pico de años más tarde en el seno interior del protestantismo.

"Y los hombres como yo no pueden menos de preguntarse si, desde el punto de vista de la cultura, no son de lamentar esos repetidos intentos de salvar algo que va hacia la muerte, y si no hay que considerar a los reforma-

dores como reaccionarios y mensajeros de infortunio. No cabe duda de que le hubiesen sido ahorradas a la humanidad espantosas luchas fratricidas e infinitos tormentos de sangre, de no haberse propuesto Lutero la Reforma de la Iglesia."

Algunas aristas del espíritu alemán son fijadas indeleblemente en estas palabras lapidarias: "Somos, en verdad, un pueblo completamente distinto. Nuestro espíritu, imperiosamente trágico, está en contradicción con lo razonable y lo corriente. Nuestra obsesión es el Destino, sea éste cual fuere, aunque sea el inscrito en el cielo enrojido del ocaso de los dioses... Los alemanes tienen un sistema de pensamiento de una complejidad ilícita y orientado sobre doble vía. Quieren siempre lo uno y lo otro. Lo quieren todo. Son capaces de discernir atrevidamente la existencia de principios intelectuales y vitales antitéticos en ciertas grandes personalidades. Pero después lo enredan todo, lo que ha dicho una de ellas lo interpretan según las ideas de la otra, y suponen que pueden reducir a un común denominador la libertad y la corrección, el idealismo y el naturalismo. Es un pueblo confusionario y, para los demás, desconcertante."

Con rápido ademán desenmascara el belicismo teutón, que se disfraza astutamente de necesidad de espacio vital: "Fuimos una gran potencia durante largos años. Nos acostumbramos a ello, pero esta situación no nos procuraba las satisfacciones esperadas. Lo confesáramos o no, teníamos el profundo convencimiento de que la operación no había sido remunerativa. En lugar de mejorar, nuestras relaciones con el mundo habían más bien empeorado. Se imponía realizar una nueva salida y conquistar la posición de potencia mundial dominante, cosa desde luego imposible por el camino de la reforma moral dentro del propio país. La guerra, pues, y si no había otro medio, la guerra contra todo el mundo, a fin de ganarla y de convencer a unos y a otros. Así lo quería el destino, esta palabra tan alemana y tan poco cristiana, ese vocablo primitivo, musical y dramático, trágico y mitológico.

"Así fuimos nosotros a la guerra con entusiasmo, los únicos que a ella fueron con entusiasmo, seguros de que había sonado para Alemania la hora secular, que la historia había puesto la mano sobre nuestra frente, que después de España, Francia, Inglaterra, había llegado nuestra hora de dominar, a nuestra vez, el mundo e imponerle nuestro sello, que el siglo XX era nuestro siglo y que 120 años después de haber empezado la época burguesa había llegado, para el mundo, el momento de renovarse, bajo el signo alemán, de un socialismo militarista imperfectamente definido.

"La guerra era necesaria para impedir que fuéramos sumergidos por todas partes, catástrofe ésta que sólo podía-



M. I. R. PAT. 38465

CALIDRA

Un SOLIDO
PRESTIGIO para
UNA SOLIDA
CONSTRUCCION

"CALIDRA". S. A.
FERROCARRILES NACIONALES 155. COL. ANAHUAC, D. F.
Tel. 17-32-23 y 17-39-65; 38-29-46. Ap. Postal 1. Suc. Mariano Escobedo, D. F.

mos evitar gracias a nuestra formidable fuerza, es decir, a la capacidad de llevar inmediatamente la guerra a casa de los demás. Podían los otros pueblos tomarnos por transgresores del derecho y perturbadores de la paz, por insuperables enemigos de la vida. Nosotros disponíamos de medios adecuados para apalear al mundo hasta conseguir que cambiara de opinión e inspirarle, no sólo admiración, sino sentimientos de afecto."

La responsabilidad de la hecatombe mundial la asigna no a un partido o grupo exclusivamente, sino a la nación alemana que vibró con júbilo histórico al recibir la orden de que principiara la matanza, identificándose entrañablemente con sus dirigentes en una labor sómbramente demoníaca, que a todos satisfacía.

Con frase candente, escribe: "La verdad es que los autores de los actos que horrorizan a la humanidad son alemanes —diez mil alemanes, cien mil alemanes—, y que todo lo que es alemán es considerado como execrable, como ejemplo del mal. Maldición, malditos sean los corruptores culpables de haber llevado a la escuela del mal a unos hombres que fueron en su origen hombres del bien, leales, sin más defecto que una excesiva docilidad, una excesiva afición a nutrirse de teorías. La maldición es grata, sería grata sobre todo si surgiera de un corazón libre y sin mácula. Pero un patriotismo lo bastante atrevido para pretender que el estado racial a cuya jadeante agonía asistimos, el estado que, para hablar con Lutero, 'cargó su testuz de tan inmensos crímenes', y que al ser proclamado a gritos, al proclamar sus inicuas leyes, contrarias a los derechos humanos, provocaba explosiones de histórico entusiasmo popular; un estado detrás de cuyas provocantes banderas nuestra juventud llena de orgullo y de fe, desfilaba con los ojos centelleantes; un patriotismo capaz de pretender que aquel estado era algo impuesto por la fuerza, completamente extraño y sin raíces en la naturaleza de nuestro pueblo, sería a mi modo de ver, más generoso que amante de la verdad. ¿Por sus palabras y por sus obras, no era acaso aquel poder la monstruosa caricatura de sentimientos e intenciones, de ideas sobre el mundo y los hombres cuya característica autenticidad no es discutible, y cuyo reflejo el hombre humano y cristiano lo descubre con horror en los rasgos fisiológicos de las figuras poderosamente representativas del germanismo?"

Tiene Mann una página de tal poder sugestivo, que parece una aguafuerte de Durero. Hela aquí: "Mientras tanto, un general venido de allende los mares impone a los habitantes de Weimar la obligación de desfilar ante los crematorios del vecino campo de concentración y declara —¿quién se atreverá a decir que injustamente?— que la responsabilidad de aquellos crímenes

ahora descubiertos alcanza también a unos ciudadanos que se ocupaban de sus quehaceres bajo todas las apariencias de la honorabilidad y no trataban de averiguar, a pesar de que el viento había de traer hasta sus narices el hedor de la carne humana quemada. Les declara culpables, y les obliga a fijar sus ojos en aquella monstruosidad. Bien está que así sea, y yo me sumo a ellos en espíritu, desfilo con ellos en sus filas silenciosas y estremecidas.

"La cámara de tormento de espesos muros en que Alemania había quedado convertida por obra y gracia de un poder indigno condenado desde un principio a la más completa esterilidad, está ahora abierta de par en par y nuestra ignominiosa deshonra se ofrece a los ojos del mundo, de las comisiones extranjeras que por doquier descubren semejantes horrores, y tienen misión de informar a sus gobiernos y a sus pueblos. Lo que ven supera en horror a cuanto pudo concebir la imaginación humana. Hablo de nuestra deshonra, de nuestra ignominia. ¿Es acaso pura hipocondría decirse que todo lo alemán, incluso el espíritu alemán, el pensamiento alemán, la palabra alemana, se encuentran manchados y puestos en entredicho por esta deshonrosa exhibición? ¿Es acaso signo de susceptibilidad enfermiza preguntarse cómo podrá en el porvenir 'Alemania', bajo cualquiera de sus formas, tomarse la libertad de intervenir en las cosas humanas?"

Puntualizando el error de otorgar los beneficios de la libertad y de la tolerancia, a fuerzas oscuras que conspiran contra estos dones concedidos al hombre civilizado y únicamente buscan su destrucción, nos dice: "Al hombre sensible le molesta la idea de perturbar con sus contradicciones lógicas e históricas la marcha de un razonamiento preestablecido. Tiende a respetar lo espiritual incluso en lo antiespiritual. Hoy comprendemos que el llevar tan lejos este respeto cuando el enemigo no emplea otras armas que el descaro y la intolerancia ha sido el gran error de nuestra civilización."

Mann, quien no es judío, asume una digna actitud ante la persecución contra el pueblo judío, revelada en las siguientes líneas: "En la cuestión judía y en el trato dado a los judíos, nunca pude aprobar la política del Führer y de sus paladines, hecho que no dejó de influir en mi decisión de renunciar al profesorado."

Espero que las citas anteriores, cosechadas en la copiosa mies de *Doktor Faustus*, inciten a leer íntegramente ese libro leal, valiente, hermoso y conturbador del insigne novelista que otrora escribiera *La montaña mágica*.

LIC. ALFONSO FRANCISCO RAMÍREZ, en *Tribuna Israelita*. México, D. F. Julio, 1951.

El doctor Reyna

Bien pasada la comida, cerca de las cinco, llegaban los invitados. Lola

El señor Presidente de la República juzga el proceso de la Industria Petrolera Nacional

"El gobierno considera que nuestra industria petrolera está ya consolidada y puede responder a las necesidades futuras del país.

Estamos en posibilidad de afirmar que las reservas de petróleo son de tanta importancia, que la industria y el futuro de México están plenamente asegurados por muchos años y su desenvolvimiento depende de la posibilidad de que Pemex pueda adquirir en el extranjero el material que por circunstancias internacionales no ha logrado importar.

Es también causa de satisfacción ver que no solamente se está trabajando por aumentar constantemente la producción, sino también para localizar nuevas zonas que es lo fundamental en esta industria."

(Palabras pronunciadas el día 20 de noviembre de 1951, con motivo de la constitución de Poza Rica como Municipio libre).

Amador, Juanita Merino, Sarita Gómez de Lomelín, Pancho Guerrero Ramírez, Gabriel López Arce (todos ausentes eternos hoy) eran de los más puntuales. Pero la casa estaba abierta para cuantos gustaban de colaborar en la obra recreativocultural de Moreno Oviedo. En el corredor limpiísimo de la quinta, frente a la huerta poblada de aromas y pájaros, al fresco de la hora, sentados en sendos sillones, se charlaba desenfadadamente y se leían versos y prosas. Ocurrió en una de tantas reuniones que, terminadas las lecturas, cuando sombrero en mano nos despedíamos, un joven empleado de la jefatura política, corresponsal de *El Correo de Jalisco*, de Guadalajara, sacando un papel del bolsillo de pecho, nos detuvo:

—Dispénsenme, señores. Perdonen que yo también me ponga en ridículo. Y comenzó a leer.

El doctor Reyna me miró de reojo y apuntó en su boca su habitual sonrisa socarrona. Nada: un simple lapsus froidiano, trasunto fidelísimo del concepto que la gente bien del pueblo tenía de nosotros. Pero no nos afectaba: vivíamos "curados de espanto", inmunes a toda pulla, vacunados con nuestra propia ponzoña. No eran, a la verdad, los bichos de afuera los que nos quitaban el sueño, sino los de la propia casa con sus dardos envenenados e incesantes. Pancho González León con su seráfica sonrisa franciscana y el doctor

Reyna con algún gesto irónico, escapado como al acaso. En realidad hacían obra de salud: imposibilitaban toda postura solemne ahuyentando el espíritu de la densidad. Nuestras aficiones debían de ser un juego y no pasar de allí.

Tras su porte desmañado y un tanto vulgar, Bernardo Reyna ocultaba un espíritu aristocrático de sensibilidad exquisita, gran comprensión artística y competencia en cuanto materia tocaba. Era sin disputa el más culto y así lo reconocíamos, acatando siempre con respeto sus opiniones. Su biblioteca fué, si no la mejor, sí de las mejores de Lagos y siempre estuvo abierta para cuantos queríamos consultarla.

Médico cirujano, como González León químico, farmacéutico, ninguno procuró hacerles gran honor a sus pergaminos; si a éste le placía cerrar su farmacia a la hora de más venta, aquél prefería, a dar consultas, concurrir a tomar el aperitivo a "La Fuente" y charlar con los amigos. Su dueño era un vejarrón tartamudo, muy alegre y simpatiquísimo, don Jesús Gómez Portugal, el hombre más popular y querido del pueblo. No había calamidad que se abatiera sobre él que no remediara con sus propios elementos y con los de su adinerada clientela. Sin ser un gran conversador, el doctor Reyna era ameno, bien enterado e imponía en estos medios, como en el literario, sus propias opiniones. Hablaba con

gran corrección, sin rebuscamiento, huyendo sistemáticamente del lugar común y poniendo el sello de su personalidad inconfundible lo mismo en sus palabras que en sus actos; oír bellos versos y prosas afiligranadas es seguramente mejor que preparar brebajes infernales o escuchar lamentos de enfermos desahuciados y remolones.

Tras su aparente pachorra, Bernardo Reyna era de los más activos y entusiastas del grupo. Algunos de aquellos ágapes literarios mensuales se celebraban en su casa y los hacía muy agradables con sus maneras de gran señor y cumplido caballero.

Además de escribir, cultivaba otras aficiones artísticas. En la sala del padre don Agustín Rivera lucía el estudio de un limosnero, salido de la paleta de Reyna, que era muy elogiado. Dueño de una bella voz de bajo, con romanzas y solos de ópera tomaba parte en las festividades solemnes de la población. Su clara dicción, su buena voz y su talento, lo hacían muy atractivo en la tribuna. A este propósito recuerdo una anécdota chusca. Sucedió que con motivo de la inauguración de la planta eléctrica en Lagos, el Ayuntamiento lo encargó del discurso oficial. El acto estuvo concurrendísimo; cuando instantáneamente la luz inundó la ciudad, estalló un aplauso. No se acababa y oyó la voz grave y solemne del orador en la tribuna imponiendo en el acto el silencio. Pero apenas comenzaba la lectura de la peroración cuando la luz aminoró y fué aminorando tanto que a poco sólo alumbraban débilmente el salón los filamentos de los focos hasta dejarlo todo en tinieblas. Sin amilanarse, el doctor Reyna pidió una vela, y a la luz de una mecha de sebo prosiguió, haciendo el elogio caluroso de la electricidad, de la civilización y del progreso del pueblo de Lagos. Su pachorra corría parejas con su talento. Aquellas pifias más bien parecían regocijarlo.

Su pasión dominante fué el teatro: había conocido a los actores más eminentes que vinieron a México y poseía autógrafos de muchos de ellos. Actuaba él mismo en las tablas, ora como director, ora como actor, en los cuadros de aficionados que periódicamente se organizaban a fines caritativos o de mejoras materiales.

Dueño de una imprenta, regularmente tenía una revista mensual o quincenal. No sólo daba en ella información, sino obra cultural efectiva, tocando temas literarios, políticos y sociales de actualidad.

Severo Amador, pintor de Aguascalientes, le hizo un retrato que es insuperable como caracterización de un gesto de fanfarronería que le era habitual. Bernardo Reyna murió como vivió; una noche, en perfecta salud, se metió en su cama, encendió un cigarro y apagó la luz. A otro día sus parientes lo encontraron rígido y frío con una pequeña quemadura en la camisa y en

el pecho donde se había extinguido el último cigarro desprendido de sus labios.

MARIANO AZUELA, "Letras de provincia", en *Excelsior*. México, D. F.

Las enfermedades vinieron de España

No se ha explorado aún hasta dónde los progresos de las navegaciones y el descubrimiento de América tienen un origen mágico. Se habla siempre de que la vida económica de Europa estaba ligada al comercio con el Oriente. Que los europeos necesitaban comprar perlas, clavos, canela, rubíes, diamantes, marfiles... ¿Para qué? Aquello que se vendía en las boticas, se pesaba en finísimas balanzas donde no soplara un viento que pudiera llevárselos, los polvos de fino olor que valían más que el oro. Era la medicina mágica. Frente al dolor de costado, al mal de ojo, a la fiebre maligna, el europeo no tenía sino la oración o la fórmula mágica. Cuanto más escasa era una droga, o venía de regiones más distantes —precisamente del mundo no cristiano, del mundo del diablo y del sultán—, más segura se consideraba para librar al hombre de las enfermedades.

Al ponerse difíciles las relaciones con el turco, Europa sintió la angustia, el terror de que se iba a quedar sin polvos mágicos. ¿Qué irían a vender los boticarios? Cerrar el camino al Oriente era cerrar el camino a la magia, y Europa era fundamentalmente mágica.

Uno de los ingredientes más preciados en la farmacopea de la Europa del siglo xv era polvo de momia de Egipto. Un distinguido médico afirmaba entonces "que no pocas veces eran momias fabricadas en Francia de cadáveres de ahorcados", pero agregaba: "sin embargo yo creo que son tan buenas como las importadas de Egipto". Cuerno del Unicornio era otra medicina. El cuerno del Unicornio, dice Haggard, "se vendía a precios enormes; se dice que un pedazo que se llevó a Dresden se vendió en \$75,000. El valor del Unicornio hacía que su uso se limitara a la nobleza. Cuando el

Delfín —el futuro Enrique II— se casó con Catalina de Médicis, el tío de la novia, el Papa Clemente VII, entregó a Francisco I, padre del novio, como rico presente, un pedacito de Unicornio. Se consideraba que tenía poder para destruir el veneno que hubiera en los alimentos —precaución muy importante en estos tiempos para papas o reyes. Cuando Isabel, la hija de Enrique II, enfermó de viruela, la condestable, Ana de Montmorency, le envió para el tratamiento un pedazo de Unicornio..."

No difieren mucho de los ingredientes que recetó a doña Pánfaga el médico esdrújulo de don Rafael Pombo, las drogas que se administraron al rey Carlos I, cuando le vino la embolia que le llevó a la muerte. Hoy se cree que le mataron los remedios. Después de las sangrías y purgantes, se le puso un lavado que contenía antimonio, amargo sagrado, sal de roca, hojas de malva, violetas, remolacha, flores de camomila, semillas de hinojo, linaza, cinamomo, semillas de cardamomo, azafrán, cochinilla y óleo. El lavado se repitió a las dos horas y se le purgó. Se le dió luego un rapé de élébere y polvo de flores de vellorita para "robustecerle el cerebro". Se le repitieron a intervalos los purgantes y una bebida sedante compuesta de agua de cebada, alcuzuz y almendras dulces. Luego vinieron el vino blanco, el ajeno, el anís, las hojas de yerbabuena, de angélica, de abrojo, de ruda, las semillas de melón, el agua de mora, las flores de limón, de lirio del valle, y peonía, y lavanda, y perlas disueltas. Y la raíz de genciana, y los clavos y la quinina, y cuarenta gotas de extracto de calavera, hasta parar en el famoso antídoto de Raleigh, que debía estar compuesto de todas las yerbas raras que él llevó de América para embrujar a los ingleses.

Como es natural, esta medicina daba lugar a un comercio formidable. Se peleaban a muerte portugueses, holandeses, genoveses, venecianos, florentinos, por ser ellos quienes trajeran drogas para abastecer el mercado de Europa. Y así, los médicos brujos crearon la necesidad de abrir caminos, conquistar tierras, fundar virreinos, llegar a

las islas misteriosas, descubrir continentes nuevos.

Vinculada con la medicina mágica está la ciencia misteriosa de las piedras preciosas, de los minerales extraños. El oro, la sal de oro, es el remedio por excelencia, y el polvo de perlas. En el estudio sobre el comercio de los farmaceutas florentinos de Raffaele Ciasca se encuentran informaciones precisas sobre la importancia de las piedras preciosas en la medicina. Tomo algunos ejemplos al azar.

En el tratado de Giacomo Albino *De senitatis custodia*, en que se sigue la medicina árabe, se recomienda el "diamargaritón", remedio cuyos principales ingredientes eran las perlas, junto con jarabes y azúcares. Fino del Garbo consideraba la esmeralda segura contra la peste: se reducía a polvo y se tomaba, o usábase en buches o gárgaras, o se tocaba simplemente. También servía contra la mordedura de culebra. Mandeville, cuyos viajes por el Oriente tuvieron una importancia tan decisiva en el descubrimiento y exploración de las Antillas, era mitad viajero, mitad médico. Y algo tendría de poeta y algo de loco. El da de las piedras preciosas impresionantes detalles. El diamante evita a quien lo lleva que lo envenenen, o asesinen, o se le saque sangre con fierro o con acero.

¿Y qué decir de toda la medicina que se roza con los negocios del amor! ¿De la Mandrágora, que le sirvió a Maquiavelo para hacer su comedia, y de todos los menjunjes que conocieran las celestinas españolas!

Hoy la enfermedad no suele ser un misterio. Se han descubierto lo mismo microbios que vacunas. A veces se ha llegado a justificar la magia. Hay leyes de la medicina, que lo fueron en otro tiempo de la magia. Pero hacia el siglo xv la enfermedad es el misterio, y la contra hay que buscarla en las fuerzas ocultas, en las hechicerías. Hechicerías las había en Inglaterra, en Francia, en Escandinavia, en Italia. Qué decir de España. Apenas los judíos tenían allí algo de medicina racional, pero, primero, eran astrólogos. La peor enfermedad era cuando el diablo se metía entre el cuerpo. En ningún otro país ocurrió esto tanto como en España. Los reyes fueron ejemplo de idiotas, dementes, embrujados. Felipe V trataba de montarse en los caballos que veía en las tapicerías. Hubo un rey que definitivamente fué el hechizado. Y desde el pequeño príncipe hasta el hijo del contrabandista, todos estaban bajo el peligro del mal de ojo. Lo mismo las brujas vascas que las gitanas de Andalucía o las celestinas o los barberos sabios y bellacos, todos preparaban sus pomadas, sus jarabes, sus polvos o sus oraciones. Todavía hoy. Esta fué una de las ciencias que vaciaron sobre el Caribe las carabelas hechizadas.

GERMÁN ARCINIEGAS, en *El Nacional*. México, D. F.



SON UNIVERSITARIOS MEXICANOS

LOS TECNICOS DE LOS

Laboratorios "MYN", S. A.